

Cinquillo con galletas

Suena el timbre de la puerta y me acerco canturreando. Echo un vistazo por la mirilla y veo a Asun y Charito, dos peces en una pecera. Me paso un buen rato observándolas. Asun es un pez gordito, con los ojos redondos y saltones, y el pelo rubio. De bote, claro. ¿Tienen pelo los peces? Charito es un boquerón flaco y nervioso, que no para de coletear delante de la puerta. Se acerca y clava sus gafas contra el cristal de la mirilla.

—¿Marirremeeee...?

Me llevo un susto de muerte y retrocedo, trastabillando. Tengo que apoyar la mano en la pared para no caerme y me entra un ataque de risa. Charito vuelve a preguntar desde el otro lado.

—¿Marirremeeee...? —Y empieza a aporrear la puerta. Si es que ya está muy mayor, le dice a Asun por lo bajini, aunque yo la oigo perfectamente. Asun asiente comprensiva, pequeñas pompas escapando de su boca, pintarrajeada por fuera. De mayor, nada, que sólo le saco dos años. ¿Qué se habrá creído Charito-boquerón? Al final abro la puerta, que tampoco es cuestión de discutir.

Asun mordisquea una galleta, la segunda yo creo, mientras analiza sus cartas. De repente, levanta la vista y afirma muy seria, incluso un poco sorprendida:

—Hay que ver lo que se parece a Manuel.

—¿Quién?

—Este —Y enseña una de las cartas que tiene en la mano.

—¿El rey de copas? —pregunta Charito. Y no sé si es el tono en el que lo dice o el hecho de que efectivamente el rey de copas es clavadito, clavadito a Manuel. Nos echamos a reír a carcajadas, a mandíbula batiente. ¿Por qué se dirá eso de mandíbula batiente?

El problema es que está de perfil y no se le ve el lunar. Manuel, que en paz descansa, tenía junto al ojo derecho un lunar grande y negro, más bien una verruga, de la que salían cuatro pelos gruesos, como las patitas de una cucaracha panza arriba. ¿Qué habrá sido ahora de su lunar-verruga? ¿Seguirá pegada al cráneo de Manuel? ¿Se habrá convertido en polvo? ¿Se habrá ido al cielo?

Asun inspecciona muy seria al rey de copas y lentamente lo gira, como buscando el otro perfil de su marido, pero sólo se encuentra con el dorso de la carta, que tiene la foto de una botella de ponche Caballero. No hay rastro de Manuel ni de su lunar.

Es el turno de Charito, que lleva una eternidad pensando mientras examina sus cartas. Asun y yo no le decimos nada porque es muy regañona y si le metes prisa es peor. Finalmente, y tras mucha parsimonia, pone la sota de bastos encima de la mesa. Y allí se queda la sota, en medio de la inmensidad del tapete verde. Con cara de a mí, plin.

—Charito, eso es la sota de bastos.

—Ya lo sé.

—Es que estamos jugando al cinquillo —apunta Asun un tanto temerosa.

—¿Y? —responde Charito. La sota de bastos mira a Asun enarcando una ceja y Asun me mira a mí con sus ojos de besugo, cada vez más enrojecidos. Yo me encojo de hombros. ¿Debe seguir la escalera y continuar con el siete o el caballo de bastos? Opta por el caballo, más que nada porque el siete lo tengo yo. Pero antes de que la carta toque la mesa, Charito chasquea varias veces la lengua, como si

llamase a un perro imaginario. Asun retira enseguida el caballo, que se aleja piafando, desconcertado.

La pobre no sabe qué hacer. Pestañea varias veces. Se muerde el labio inferior. Escoge otra carta, la acerca a la mesa con cuidado. Es la sota de espadas. Nuevo chasquido de lengua. La sota de espadas vuelve por donde ha venido. Asun se queda pensando un rato, la pechera de su blusa cuajada de migas de galleta. Finalmente coge una carta al azar, que resulta ser el cuatro de copas, y con un aire de soltura muy conseguido, la deposita encima de la mesa. Charito contempla la carta y a continuación me mira a mí arqueando las cejas. Me quedo en blanco. —Te toca —me dice abriendo mucho los ojos. Como si fuera tan evidente que no hiciera falta ni decirlo.

Nos hemos acabado todo el tarro de galletas y aun así seguimos con hambre. Sirvo los macarrones con tomate que sobraron del mediodía, en plan merienda cena. De postre, saco el pan de molde y nos lo comemos con mantequilla y mermelada. Charito presiona meticulosamente su dedo huesudo contra el mantel para comerse hasta la última miga.

Asun duerme despatarrada en el sofá, roncando. Charito está sentada a la mesa, muy seria, haciendo un castillo de naipes, más bien cuatro cartas sujetas en precario equilibrio. De vez en cuando observa al puzle que tengo enmarcado en la pared, que es de un castillo alemán muy bonito, como de cuento de hadas. Lo contempla y después analiza su propia construcción con ojo crítico. Se tira así un rato, arropada por los ronquidos de Asun.

Ya es de noche. Ahora es Charito la que duerme, un hilo de baba cayendo sobre el ganchillo del apoyabrazos. Asun y yo nos hemos acomodado en el otro rincón del sofá, fascinadas con la *teletienda*. Le tengo escondido el bolso para que no compre nada y la pobre busca confusa a su alrededor los pocos segundos que es capaz de despegar la mirada de la pantalla. Tengo la sensación de que han pasado días, o meses o años, desde que me di cuenta de que no tenía nada que poner de merienda para la partida de cinquillo. Sólo unas magdalenas revenidas que ya las saqué la otra vez y Charito me arrugó el morro como un pequinés. Entonces me acordé. En el armario de mi nieto -lo vi un día mientras le guardaba un pijama recién planchado- había un tarro de cristal muy al fondo, como escondido. Un tarro de galletas.